

La pobreza y el sol fueron las dos experiencias primordiales de la infancia de Albert Camus. Nacido en un pequeño pueblo costero de Argelia, con menos de un año se quedó sin padre, fallecido en la Primera Guerra Mundial. De origen menorquín, analfabeta y con problemas de oído y de habla, su madre se marchó a Argel con su hermano mayor y sus hijos a casa de unos familiares. Trabajó en una fábrica de toneles y limpiando casas. Camus, futuro premio Nobel, vivía con un poco menos que lo justo. Y sin embargo recordaba de mayor, una y otra vez, el sol de la costa argelina, los juegos en la calle, la belleza del desierto. También el cariño de su madre.

De sus antecedentes familiares conservó una sobriedad elevada a categoría moral. Le molestaban los intelectuales que se las daban de aristócratas, aunque sólo fuera en el campo de la cultura y la política. Y del sol retuvo las ganas de vivir: a pesar de que los deseos del ser humano chocaban una y otra vez contra el silencio y la indiferencia del mundo, de ahí el absurdo esencial al que había que enfrentarse, siempre valía la pena intentarlo.

"La pobreza jamás me pareció una desgracia: la luz derramaba sobre ella sus riquezas", escribió en *El derecho y el revés*. La frase se encuentra en la obra *Albert Camus. Solitario y solidario* (Editorial Plataforma), un libro con muchas fotografías y textos elegidos y ordenados por la hija del escritor, Catherine. En él se halla la partida de nacimiento del autor de *El extranjero*, el permiso de residencia de uno de sus familiares menorquinos, fotos de su niñez en la fábrica de toneles, vestido de portero del equipo de fútbol Racing Universitario de Argel, así como la reproducción del diploma de su título de licenciado en Filosofía.

Mirando las imágenes de *Solitario y solidario*, pasando las hojas del libro, se asiste a una especie de película sobre su vida. Así aparece su primera mujer, Simone Hié, que pronto se perdería en la niebla de la droga. Y enseguida la segunda, Françoise Faure, una pianista y matemática que había ido a Argel desde Orán porque en esta última ciudad no podía cursar estudios superiores de ciencias exactas. Después de un cartel de un mitin del Partido Comunista, al que Camus perteneció durante dos años, viene una foto del escritor afeitándose. Pronto se da uno cuenta de que nunca en la edición española se habían visto tantas y tan buenas ilustraciones de la vida del gran autor de *La peste*. Incluso se recoge la imagen de la librería en la que se reunían los jóvenes universitarios argelinos.

Periodista y escritor

Al mismo tiempo que escribía obras dramáticas y participaba en grupos de teatro, Camus empezó a trabajar como periodista. En el diario *Alger républicain* publicó un reportaje en junio de 1939 sobre la miseria de la Cabília (la región montañosa de Argelia a orillas del Mediterráneo) que le destacó de manera inmediata. Las autoridades francesas acabaron cerrando el periódico y Camus se fue a trabajar a Francia, al *Paris-soir*.

Los acontecimientos se aceleran, con la Segunda Guerra Mundial de fondo. En 1942 publica *El extranjero*. Dos años más tarde, mientras trabajaba como lector para la editorial Gallimard, se convierte en el redactor-jefe del órgano clandestino de la Resistencia contra Hitler, *Combat*, bajo una identidad falsa como muestra el libro, que recoge su carnet de identidad con su foto, a nombre de Albert Mathé.

En una foto de grupo aparece con Picaso, Lacan, Michel Leiris, Sartre y Simone de Beauvoir. El escritor está entonces en el centro de la intelectualidad francesa, si bien en ese sitio se encontraba incómodo: "En los círculos intelectuales, no sé por qué, siempre siento que tengo que pedir perdón por algo. No puedo evitar la sensación de haber transgredido alguna de las reglas del clan. Naturalmente, eso me impide ser espontáneo y, a falta de espontaneidad, me aburro hasta a mí mismo".

Albert Camus, travesía de un rebelde

Decenas de fotos elegidas por su hija Catherine muestran el itinerario del autor de 'El extranjero' desde su infancia en Argel hasta el accidente que le provocó la muerte, con imágenes de su labor en la Resistencia francesa, sus triunfos literarios y de los intelectuales que acabarían dándole la espalda



Camus se alzó contra la represión comunista en Berlín Este

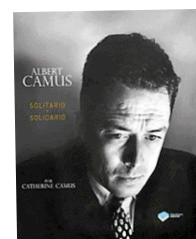
"La pobreza jamás me pareció una desgracia: la luz derramaba sobre ella sus riquezas", escribió en su libro 'El derecho y el revés'

Camus sostiene en 1945 a sus dos gemelos en sus brazos, Jean y Catherine, esta última autora de *Solitario y solidario*. Viaja a Latinoamérica, a Estados Unidos y a Inglaterra. Con el dinero que gana con *La peste* compra un piso en París. Las fotos que más abundan desde entonces son las referidas a ensayos de las compañías de teatro que interpretan sus obras. Después llegan las que van contando el premio Nobel, desde el día de la noticia y la recepción en la Embajada de Suecia en París a la apoteósica

rueda de prensa del 9 de diciembre de 1957 en Estocolmo y la ceremonia de entrega.

A pesar de ese triunfo, sectores muy importantes de la intelectualidad francesa se la tenían jurada por haber criticado el comunismo. Léase para comprobarlo este texto publicado en *L'Observateur*, que recoge el libro: "Pero ya hace años que Camus parece vivir de sus éxitos pasados; sin duda, ninguna de las últimas obras (*La caída*, *El exilio y el reino*) le traerá nuevos lectores. Uno se pregunta si la Academia sueca, pensando que reconocía a un joven escritor, no estará consagrando una esclerosis precoz". El articulista se equivocaba. Todavía hoy es el autor más leído del catálogo Gallimard.

Después de leer los textos y mirar las fotos de *Solitario y solidario*, también la del accidente de coche que acabó con su vida el 4 de enero de 1960, Camus aparece más claro o luminoso, y asimismo se entiende mejor el título del libro. Porque, en efecto, el escritor se sintió un desclasado entre los intelectuales por su extracción social y lue-



go, cuando ya era uno entre los suyos, sufrió los ataques sin piedad del grupo de Sartre, auténtico poder fáctico, por denunciar la situación de la Unión Soviética. Pero más que un solitario podría decirse que fue un rebelde conflictivo por su capacidad para resistirse a las órdenes externas. Toda su obra gira alrededor de la capacidad del hombre de levantarse del suelo y enfrentarse acompañado a la barbarie. No parece casual que Camus trabajara tan bien en equipo, especialmente en grupos de teatro, como muestra el libro una y otra vez.

En un texto publicado en *France-Observateur* al hilo de su accidente mortal, quien fuera uno de sus mejores amigos y uno de sus peores enemigos, Sartre, le definió como un escritor de cuentos y parábolas a la manera de Voltaire. Esta apreciación coincidía con la que Camus tenía de sí mismo. Para él, novelas eran lo que escribieron Balzac, Tolstói o Proust, en cuyos libros se encuentran montones de personajes que actúan en contextos sociales muy detallados. En su caso, se trataba más bien de narraciones construidas con intuiciones filosóficas y psicológicas: textos que mostraban ideas a través de imágenes y conflictos dramáticos, no de argumentos. Así se emparentaba con Kafka, Melville y Dostoievski.

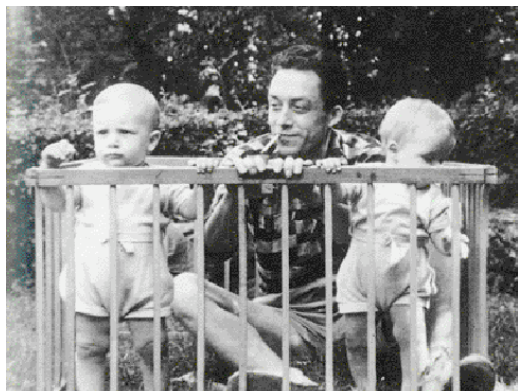
Si bien antes había publicado algunos libros, como la obra de teatro dedicada a la revuelta de Asturias de 1934, su eclosión se produjo con *El extranjero* en 1942. Con una voz limpia, carente de enunciación emocional, el protagonista Meursault, un joven corriente, sin rasgos que le hagan sobresalir, mata a un árabe y es condenado a muerte. Cinco años más tarde publicó *La peste*, una alegoría del nazismo y de la Resistencia francesa. La acción se sitúa en Orán, ciudad que sufre una epidemia de peste, ante la cual se miden los hombres con su coraje, su responsabilidad y su solidaridad. En *La caída*, de 1956, construye un excelente retrato moral de Jean-Baptiste Clamence, encarnación del cinismo que se confiesa al lector en un bar del distrito rojo de Amsterdam.

Además de obras dramáticas como *Calígula*, Camus escribió dos importantes ensayos, *El mito de Sísifo* y *El hombre rebelde*, causa de sus más fuertes desavenencias con la *intelligentsia* comunista y uno de los ejemplos más acabados del ensayismo del siglo XX. Su demostración de por qué ningún ideal puede justificar el asesinato de una persona sigue hoy igual de vigente que entonces.

Si bien nunca se consideró un filósofo, sí construyó una teoría del absurdo, como



Camus, Picasso, Lacan, Eluard, Reverdy, Lieirs, Simone de Beauvoir, Sartre, Leiris, Aubier...

El escritor
con sus
gemelos
Jean y
Catherine

condición básica de la existencia del ser humano en el mundo, que si tiene un innegable aliento filosófico. La persona desea orden, un significado y propósito en la vida, pero se encuentra con el "silencio del mundo", la indiferencia ante sus deseos, de donde nace la sensación del absurdo. Ante ella, caben según Camus tres posibilidades. La primera, suicidarse, lo que rechaza de pleno por considerarlo una cobardía, por muy difícil que sea enfrentarse al sinsentido. La segunda, el amparo religioso, recluirse en un mundo feliz y esparanzado, lo que también carece de coraje. Y la tercera, aceptar el absurdo y sacar a la vida todo su provecho a pesar de que se sospeche de su falta de significado.

A pesar de este planteamiento, tan vitalista como pesimista. Camus dejó una vía para el sentido heroico de la existencia a través de la rebelión. Quien se rebela no lo hace sólo por sí mismo. En el acto de rebelarse está encarnando los valores universa-

les resultantes de una dignidad esencial.

Pero fue esta teoría de la rebelión la que paradójicamente precipitó su exclusión, pues contrariaba los supuestos básicos del leninismo y de su revolución organizada. Hoy puede parecer incomprensible que a Camus le aislaran por defender estas teorías. Pero entonces él sabía lo que se jugaba, en un contexto extremadamente dogmatizado y dirigido por el clan de Sartre, el mandarín intelectual por excelencia.

Camus se había educado como si siempre hubiera sido un desplazado. Un europeo para los árabes de Argelia, un africano en Europa, un infiel para los musulmanes, un católico que dejó de serlo, un expulso del Partido Comunista, un escritor y premio Nobel con una madre analfabeta.

Gracias a su falta de integración pudo construir una posición ética que apelara a todos, a los integrados y a los desintegrados.

Iñaki Esteban

Argel, la
avenida de
la República,
frente al mar

El rey de Suecia, Gustavo VI, y los miembros de la Asamblea aplauden a Camus al concluir su discurso

En el taller
de su tío
tonelero,
cuando
tenía
siete años

Historia de una ruptura

Una de las más sonadas rupturas de todos los tiempos, en el campo intelectual, es la Albert Camus y Jean-Paul Sartre. O viceversa, para ser más exactos. Le supera en transcendencia a la otra que se merece el calificativo de histórica es la Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, si bien aquí parece que hubo un asunto de celos más que de discrepancias de orden literario.

Los hechos son bien conocidos. Cuando publica *El extranjero*, los dos se hacen amigos. Sartre apoya a Camus y escribe textos de gran altura sobre su obra. Hasta que la publicación de *El hombre rebelde* los separa y el filósofo, con un enorme poder en Francia, se declara en guerra contra aquel a quien le gustaba que sólo le llamasen escritor.

Ahora los dos vuelven a coincidir, en las librerías. A la publicación de *Albert Camus. Solitario y solidario* se añade *Conversaciones con Sartre* (Sexto Piso), del norteamericano John Gerassi. Ameno, revelador, desafiante intelectualmente, este último libro resume algunas de las entrevistas que Gerassi le hizo a Sartre para escribir una biografía del francés.

El biógrafo, hijo del pintor español Fernando Gerassi, exiliado en Estados Unidos, conocía al filósofo desde joven. Al ser expulsado de la universidad esta-

dounidense por su militancia contra la guerra de Vietnam, el entrevistador empezó a enseñar en la Universidad París VIII, en Vincennes, y cenaba todos los domingos en La Coupole con Sartre y Simone de Beauvoir. También solía ir la novia de Gerassi, Catherine.

En unas vacaciones se fueron los cuatro a Nîmes, y él encontró a Sartre y Catherine agachados. El filósofo le explicaba que las hormigas siempre se saludaban entrechocándose la cabeza y luego cogía su camino por la izquierda. "¿Cree que eso demuestra que la naturaleza es de izquierdas?", le preguntó Catherine.

Una noche de domingo, Gerassi acudió sin ella a La Coupole. Les confesó con lágrimas en los ojos que habían roto. "Sartre me miró de lado a lado con sus ojos bizcos y luego declaró: Pues lo envidio. Yo nunca he llo-

rado por una mujer". Beauvoir asistió abochornada a esa declaración, que Sartre trató de explicar con su distinción entre la relación necesaria, la que mantenía con Simone, y las contingentes; es decir, todas aquellas que le salieran al paso. Según Gerassi, Beauvoir oyó de nuevo ese discurso, y pensó en todas las veces que ella sí había llorado por sus amantes.

I. E.

